



Amistad y vejez. Un punto de encuentro

AURELIO CARVALLO VALENZUELA

La virtud por antonomasia, señala Aristóteles, es la filia o amistad. Y agrega: “es algo necesario para la vida. Porque sin amigos nadie querrá vivir, aunque dispusiere en abundancia de todos los demás bienes”. Es la virtud por excelencia en las relaciones humanas, y cuando más necesaria es la amistad es cuando se está enfermo. ⁽¹⁾ No es fácil la amistad, porque significa dar, porque significa entrega. No hay amistad sin sinceridad. No hay amistad si en ésta no hay una sinceridad mutua, una retroalimentación mutua. Es un valor humano.

La amistad nace y se adquiere, cuando existe esa virtud, muchas veces desde la niñez, la adolescencia y la juventud; pero también se puede adquirir en la edad madura y, por qué no, en el adulto mayor. La amistad surge en quien tiene el terreno preparado para ella. La amistad se cultiva y, de no ser así, se marchita y desgraciadamente desaparece. La amistad necesita respeto, necesita ese amor filial que busca no dañar al otro. Necesita conocer al otro para evitar la ofensa y debe ir acompañada de otras virtudes, como son la modestia y la prudencia. Quien ofende a su amigo no es su amigo. Quien envidia a su amigo no es su amigo.

El haber desarrollado la virtud de la amistad es fundamental en la Medicina, pues permite ponerse en el lugar del otro. Permite desarrollar mejor la compasión frente al otro, ayuda a desarrollar la empatía aunque no sea precisamente su amigo, pero ayuda a comprender mejor al otro y sentir mejor todo aquello que nos es común a todos los seres humanos. ⁽²⁾ Para el médico puede ser su paciente; para quien no lo es, puede ser su conocido o su

compañero de estudios en el colegio o en la universidad.

Siguiendo a Martin Buber, es necesario rescatar la relación interhumana. La más frecuente es el *Yo-Ello*, en que *Ello* es algo impersonal. El diálogo en estos casos es un intercambio de información, en función de la cosa, del negocio, de servicio, no de la persona. Siempre es premeditado, siempre tiene otra intención, más allá del encuentro en sí. La diferencia está en el *Yo-Tú*, que es un encuentro persona a persona. Es el otro en cuanto otro, como yo, pero diferente. Es re-conocerlo. Significa liberación sin las máscaras de la conveniencia. Se da un compromiso. El ser que se da en el *Yo-Tú* no produce, sino que se manifiesta en plenitud. ⁽³⁾

Si bien todas las edades necesitan de la amistad, la empatía y la compasión, tal vez una muy especial es la vejez. Es el momento en que se comienza a vislumbrar el fin del camino. Es muchas veces el momento de encuentro de viejas amistades o de antiguos conocidos. No todos llegan iguales. Algunos están activos, otros no tanto o nada. Es la época en que la enfermedad acecha. Sin embargo, en la vida actual es una época en que predomina la juvenilización progresiva de la vida. Todos quieren ser y aparecer jóvenes. ⁽⁴⁾ Sin embargo, la vejez es más que eso. Sea como fuere que llegue a ella, hay siempre un algo de sabiduría. Tal vez los errores y caídas han contribuido a acumular un saber que da una mirada más profunda a las cosas.

La Reumatología tiene una relación muy especial con la vejez, más aún en esta época en que la vida se alarga y se desea que la calidad de ésta también se prolongue. Sin embargo, es la época en que “los huesos duelen y las coyunturas se envaran”. Es muchas veces esa etapa en que ya no es tan fácil caminar y se intenta hacer el quite al bastón, que finalmente pasa a ser también un gran amigo. Es la época en que se mira una escala de arriba

Depto. de Reumatología, Servicio de Medicina, Hospital San Juan de Dios. Depto. de Bioética y Humanidades Médicas, Facultad de Medicina, Universidad de Chile.

abajo antes de intentar abordarla. Es también la época en que nos encontramos con quien tuvimos una amistad y compartimos nuestros estudios. Puede que esa carrera la iniciamos iguales, pero que estemos acercándonos a la meta en distintas condiciones, aunque todos sabemos que para allá vamos. Es el momento del apoyo, de la empatía y de la compasión sincera y positiva. Es el momento del abrazo cálido entre iguales. Es el momento de levantar al que desfallece, permitiéndole y brindándole el apoyo para que avance en la vida con mayor seguridad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Aristóteles. *Ética a Nicómaco*. Libro octavo. Sobre la amistad. Gradifco SRL. Buenos Aires, Argentina.
2. Walker R. Desarrollo de la capacidad empática a través de las Humanidades. *Ars Médica* 2000; Vol. 2, N° 2
3. Barylko J. *La Filosofía. Una invitación a pensar*. 5a Edición, 2005. Gráfica MPS, Santiago del Estero, Argentina.
4. Mifsud T. *Ethos cotidiano. Un proceso de discernimiento*. Ed. Universidad Alberto Hurtado, 2006, Santiago, Chile.

El Dr. Hugo Zurita, destacado reumatólogo, amigo y compañero de curso, quien inesperadamente abandonó esta vida cuando su producción profesional y literaria era fructífera, nos ha dejado una colección de cuentos a través de su libro *Plumaje Ajeno*. Es precisamente uno de éstos, que tituló *Encuentros Cercanos*, el que en forma ágil y siempre con un mensaje profundo nos ayuda a reflexionar sobre esa etapa y esos valores en que debemos hermanarnos para seguir la vida que todos conocemos.

Encuentros Cercanos

Encontrarse con antiguos compañeros de estudio es habitualmente una experiencia agradable. Además algo ocurre con los años que lima las asperezas que pudo haber con algunos de ellos, en tal forma que después de treinta años uno se siente cada vez más cercano a esas personas con las cuales convivió la época más plástica y decisiva de su vida. Al final son todos como hermanos. Tengo la sospecha de que este proceso de aglutinarse, de ser más cariñosos que en el pasado, o deponer las armas que tal vez quisimos enristrar contra alguno, es favorecido inconscientemente por el hecho de que en ese lapso ha muerto un número no despreciable de ellos.

Los encuentros programados, reuniones anuales o más alejadas, están siempre llenos de nostalgias y ternuras y son placenteros para todos. Uno se alista para sorprenderse cuando aparece Ortega más gordo que nunca o la Martita, que nos removía las hormonas a todos los varones del curso, convertida en una dulce abuelita. En fin, la posibilidad de ser sorprendido es menor que en encuentros fortuitos. Los encuentros intempestivos pueden ser complicados, como me ocurrió hace poco.

En efecto, de paso un día por el centro de Santiago divisé entre la multitud a un anciano que caminaba cojeando en forma notoria en dirección contraria a la mía. En segundos se me hizo evidente que lo reconocía, pero, ¿dónde? Sí, sí, en la universidad, ¿pero quién es? Otras fracciones de segundo, ¿Fernández?, no, no se llama Fernández, pero claro, si es Hernández, y justo en ese momento se cruzan nuestras miradas, pienso que es posible que él haya hecho el mismo proceso mental para descubrir quién es este viejo gordo que lo mira tanto y con el cual inexorablemente se va a encontrar, el hecho es que nos damos un abrazo como si no hubiésemos tenido ninguna duda de quién era quién, reconociéndonos ahí al instante, sin grandes dificultades. O sea, como si fuéramos los mismos y no hubiéramos cambiado nada.

Hernández está viejo y casi irreconocible. Experimenté una sensación absurda, una especie de gustillo egoísta por haber sido capaz de reconocerlo, como que ello confirmaba que mi capacidad mental permanecía intacta.

—¿Cómo estás, Hernández? —No dije, porque a última hora cambié el apellido y usé el nombre, ya que él se me vino en ese instante a la cabeza— ¿Cómo estás, pues, Claudio? —fue lo que finalmente dije.

—No muy bien, Alfonso. Disculpa, ¿tu nombre de pila es Alfonso, no es así? —dijo él algo inseguro—. De tu apellido sí que me acuerdo bien, ¡quién se va a olvidar de Castrito! ¿Por qué te decían Castrito?

—Porque había otro Castro, ¿no te acuerdas de Olegario Castro? Se retiró antes de terminar la carrera. Tal vez por eso no te acuerdas de él. Bueno, pero ¿qué pasa contigo? Te vi caminar y cojeabas un poco.

—Sí, es que tengo una artrosis de cadera que me molesta mucho.

— Pero opérate, hombre. Tanta gente queda bien después de esa operación, que no hay dónde dudar —dije con convicción.

—Es que no puedo. Soy operado del corazón, me hicieron seis bypass, no hace mucho tiempo.

—Bueno, yo sé de gente que a pesar de eso ha sido operada.

—Te agradezco tu preocupación, pero soy un caso de alto riesgo, porque además soy diabético y tengo presión alta.

No insisto, por razones obvias, aunque quisiera seguir hablando para que no venga la inevitable e incómoda pregunta, pero, ella llega de todas maneras.

¿Y tú, cómo estás— Alfonso?

Y uno que está sano, que tiene aún todas sus partes en su sitio porque nunca ha sido operado, que camina por las calles sin sentir ninguno de sus órganos, lo cual es sinónimo de buena salud, se siente mal en esa situación, como si fuese culpable de algo y no halla dónde meterse.

Tímidamente contesta entonces, yo estoy bien, y deriva rápidamente la conversación a otros tópicos, aunque la tendencia hubiera sido decir: “Perdóname, Hernández, pero yo estoy bien”. Habría sido absurdo decirlo así, a pesar de que esta frase es más solidaria y representa mejor lo que uno sentía ante la enorme cantidad de calamidades que le ocurrían a Hernández.

Después nos separamos y somos como dos mundos que alguna vez coincidieron en una arista de su esfera existencial, pero uno de nosotros camina derecho hacia una muerte tal vez pronta y el otro saltando charcos, sacándole el cuerpo a la “pelada”, aún con una perspectiva de vida por lo menos a corto plazo mejor que la de Hernández, pero ¿quién sabe?

DR. HUGO ZURITA S.